

después le ablandaron los ruegos de Masinissa, que le suplicaba no decidiese á qué rey había de seguir en su suerte Sofonisba, y que fuese árbitro Scipión. Hizo, pues, partir á Syfax y á los demás prisioneros, y secundado por Masinissa, se apoderó de las demás ciudades de la Numidia ocupadas aún por tropas de Syfax.

A la noticia de que llevaban á Syfax al campamento, los soldados salieron en tropel como si fuesen á presenciar una fiesta triunfal. El rey marchaba delante cargado de cadenas, siguiéndole los grupos de nobles numidas. Entonces todos porfiaron en aumentar el poder de Syfax y la fama de su pueblo, para realzar la importancia de la victoria. «Aquél era el rey cuya majestad había parecido tan importante á los dos pueblos más poderosos del mundo, á los romanos y á los cartagineses, que el general romano Scipión había dejado su provincia y su ejército para ir á solicitar su amistad, trasladándose al África con dos quinquerremes, mientras que Asdrúbal, general cartaginés, no se había contentado con ir á verle en sus estados, sino que le había dado su hija en matrimonio: en su poder había tenido á la vez los dos generales, el de Cartago y el de Roma. Si, al inmolar víctimas, los dos bandos habían procurado conseguir la protección de los dioses inmortales, los dos habían procurado también conseguir la amistad de Syfax. Tal había sido su poder, que Masinissa, arrojado de su reino, se había visto obligado á propagar el rumor de su muerte, á ocultarse para salvar su existencia, viviendo como las bestias en la espesura de los bosques, del fruto de sus rapiñas.» En medio de estos pomposos elogios de la multitud llevaron al rey al pretorio delante de Scipión. Con profunda emoción también comparó el general la fortuna, en otro

tiempo brillante, de aquel príncipe, con su estado presente: recordó su hospitalidad, la fe que se habían prometido y la alianza pública y privada que les había unido. Los mismos recuerdos dieron valor á Syfax para dirigir la palabra á su vencedor. Scipión le preguntó «qué motivos le habían impulsado á rechazar la alianza de Roma y hasta á declararle la guerra sin haber sido provocado.» Syfax confesaba «que había cometido una falta y un acto de demencia, pero que no había sido al tomar las armas contra Roma: este había sido el término y no el principio de su locura. Su extravío, su olvido de todas las leyes de la hospitalidad, de todos los tratados de alianza, comenzó el día en que había introducido en su palacio una mujer de Cartago. La antorcha nupcial había abrasado su corazón; aquella furia, aquella peste, cuyos encantos le habían seducido y extraviado su mente, aquella mujer no descansó hasta que ella misma puso en manos de su esposo armas criminales para atacar al huésped y al amigo. En su desgracia, en aquel abismo de desventuras en que había caído, había tenido al menos el consuelo de ver á su más cruel enemigo llevar al seno de su morada y de sus penates aquella misma peste, aquella misma furia. No sería Masinissa más prudente ni más fiel que Syfax; su juventud le haría hasta más temerario, porque de seguro había sido más irreflexiva y loca su manera de enlazarse.»

Este discurso, en el que se transparentaba no solamente el odio del enemigo, sino los celos del amante que ve á su amada en poder de un rival, impresionó mucho á Scipión. Lo que más peso daba á las acusaciones de Syfax era aquel matrimonio concluido apresuradamente, y, por decirlo así, en medio de los comba-

tes, sin consultar ni esperar á Lelio; aquella ciega precipitación de un hombre que el mismo día en que había visto á su enemiga entre sus manos, se unía á ella por los vínculos del matrimonio y celebraba las fiestas nupciales delante de los penates de su rival. Esta conducta parecía tanto más culpable á Scipión, cuanto que él mismo, joven aún, en España se había mostrado insensible á los encantos de sus cautivas. Estos pensamientos le ocupaban cuando llegaron á su presencia Lelio y Masinissa. Después de recibirles á los dos con iguales muestras de amistad y de colmarles de elogios en pleno pretorio, llevó aparte á Masinissa y le habló de esta manera: «Sin duda porque has visto en mí algunas cualidades, oh Masinissa, viniste primeramente en España en demanda de mi amistad, y después has confiado en África tu persona y tus esperanzas á mi lealtad. Pues bien, de todas las virtudes que te han hecho dar valor á mi amistad, la temperancia y la continencia son aquellas con que más me honro, y también son las que quisiera verte añadir á tus otras cualidades. Créeme, en nuestra edad, no debemos temer tanto á un enemigo armado, como á las voluptuosidades que nos asedian por todas partes. Cuando se sabe poner freno á las pasiones y dominarlas con la temperancia, se honra uno más, consigue una victoria más hermosa que la que nos ha entregado la persona de Syfax. La actividad y la valentía que has desplegado lejos de mi vista, la he citado y la recuerdo con agrado; en cuanto á tus demás hechos, los entrego á tus reflexiones particulares y te dispense de una explicación que te avergonzaría. Syfax ha sido vencido y capturado bajo los auspicios del pueblo romano. Así, pues, su persona, su esposa, sus estados, sus plazas, su población, en una

palabra, todo cuanto era de Syfax, ha pasado á ser presa del pueblo romano. El rey y su esposa, aunque no fuese cartaginesa é hija del general que vemos al frente del enemigo, deberían ser enviados á Roma, para que el Senado y el pueblo decidiesen acerca de la suerte de una mujer á la que se atribuye haberle lanzado ciegamente á la guerra. Manda callar á tu pasión; no empañes tantas virtudes con un solo vicio; no pierdas el mérito de tantos servicios por una falta más grave aún que el motivo que te la hecho cometer.»

Cuando Masinissa oyó aquellas palabras, no solamente se avergonzó, sino que brotaron lágrimas de sus ojos: «poniase, dijo, á discreción del general, y le rogaba atendiese, en cuanto lo permitían las circunstancias, al temerario compromiso que había contraído, al prometer á la cautiva no entregarla á nadie»; y al salir del pretorio se retiró confuso á su tienda. Solo allí, lanzó gemidos durante algún tiempo, pudiendo oírlos desde fuera; al fin brotó de su pecho profundo suspiro, y, como grito de dolor, llamó á su esclavo fiel, encargado de la custodia de los venenos que los reyes bárbaros acostumbraban reservarse para casos desgraciados, y le mandó preparar una copa, llevarla á Sofonisba y decirle: «Que Masinissa habría querido cumplir sus primeras promesas, como la esposa tiene derecho á esperar del esposo. Pero despojado por autoridad superior del derecho de disponer de su suerte, le cumplía su segunda promesa y la libraba de la desgracia de caer viva en poder de los romanos. Pensando en su padre el general, en su patria y en los dos reyes con quienes se había casado, sabría tomar noble resolución.» Sofonisba oyó el mensaje y tomó el veneno de manos del esclavo, diciendo: «Acepto este regalo de

bodas, y lo acepto con gratitud, si esto es todo lo que mi esposo puede hacer por su esposa. Dile, sin embargo, que la muerte me hubiese sido más dulce, si el día de mis bodas no hubiese sido el de mis funerales.» La altivez de este lenguaje no quedó desmentida por la firmeza con que tomó la copa fatal y la vació sin dar señal alguna de temor. Cuando lo supo Scipión temió que el joven y fiero Masinissa, extraviado por su dolor, se lanzase á cualquier resolución violenta; llamóle en el acto y le consoló; pero al propio tiempo le reconvino dulcemente por haber reparado una imprudencia con otra imprudencia y dado á este asunto un desenlace trágico que no era necesario. Al día siguiente, para distraer el ánimo del príncipe de las emociones que le preocupaban, subió á su tribunal y mandó convocar la asamblea. Allí dió por primera vez á Masinissa el nombre de rey, le colmó de elogios, y le regaló una corona y una copa de oro, una silla curul, un bastón de marfil, una toga bordada y una túnica palmeada. Para realzar la importancia de aquellos regalos, añadió: «Que el honor más grande que tenían los romanos era el triunfo, y los triunfadores no tenían adornos más hermosos que aquellos de que el pueblo romano consideraba digno á Masinissa entre todos los extranjeros.» En seguida elogió á Lelio y le entregó otra corona de oro; recompensando, en fin, á otros jefes, cada uno según su mérito. Estos honores calmaron la irritación del rey é infundieron en su corazón la próxima esperanza de elevarse sobre las ruinas de Syfax y mandar en toda la Numidia.

Scipión envió á Lelio á Roma con Syfax y los otros prisioneros, y al mismo tiempo hizo partir los legados de Masinissa; en seguida volvió á acampar delante de

Tú ez, y terminó las fortificaciones que había comenzado. Los cartagineses habían tenido un momento de falsa alegría al enterarse del pasajero triunfo en su ataque contra la flota romana; pero á la noticia de la captura de Syfax, en quien fundaban más esperanzas, por decirlo así, que en Asdrúbal y su ejército, quedaron aterrados; y, sin escuchar más á los que aconsejaban la guerra, enviaron para pedir la paz una legación compuesta de treinta ancianos principales, los más reverenciados en sus consejos, y cuya influencia era grande hasta en la dirección del Senado. Cuando llegaron al campamento romano y al pretorio aquellos legados, por lisonja, y conformándose sin duda con las costumbres de su patria, se prosternaron. Sus palabras fueron tan humildes como servil su homenaje; no se justificaban, atribuyendo las primeras culpas á Anníbal y á los partidarios de aquel ambicioso capitán; pedían gracia para su ciudad, que la temeridad de sus habitantes había llevado ya dos veces á su pérdida y que debía su salvación á la generosidad de sus enemigos. El pueblo romano quería mandar á sus enemigos vencidos y no exterminarlos. Dispuestos estaban á obedecer como esclavos. Scipión no tenía más que darles órdenes.» Scipión les contestó que había venido á África con la esperanza de vencer, y que sus triunfos le daban la casi seguridad de llevar á Roma la victoria y no la paz. Sin embargo, aunque, por decirlo así, tenía la victoria entre las manos, no rechazaba la paz; quería hacer saber á todas las naciones que el pueblo romano no emprendía la guerra sino con justicia y la terminaba de la misma manera. Exigía como condición de paz que Cartago restituyese los prisioneros, los tráfugas y los desertores; que retirase sus ejércitos de Italia y de la Galia; que

renunciase á la España; que evacuase todas las islas que existen entre Italia y África; que entregase todas sus naves largas, á excepción de veinte, y además quinientos mil modios de trigo y trescientos mil de cebada. No se está de acuerdo en cuanto á la contribución en dinero que impuso á los vencidos: algunos historiadores dicen que fué de cinco mil talentos; otros que de cinco mil libras de peso de plata, y algunos, en fin, doble paga para los soldados de Scipión. «Estas son mis condiciones, dijo; decidid si queréis la paz ó la guerra: os concedo tres días para deliberar. Si aceptáis, ajustaremos una tregua, y envid á Roma una legación al Senado.» Con esto fueron despedidos los legados y en Cartago opinaron no rehusar ninguna de las condiciones de la paz, procurando ganar tiempo para que Annibal pudiese pasar al África. Enviaron, pues, numerosa embajada á Scipión para ajustar la tregua, y otra á Roma para pedir la paz; ésta llevaba por forma corto número de prisioneros, tráfugas y desertores, para que con más facilidad se les concediese la paz.

Muchos días antes llegó Lelio á Roma con Syfax y los principales prisioneros numidas; dió cuenta detallada á los senadores de todo lo acontecido en África, y su relato fué motivo de regocijo en lo presente y de esperanza para lo venidero. Después de deliberar, opinaron los senadores enviar al rey á las prisiones de Alba, y retener á Lelio hasta la llegada de los legados cartagineses, decretándose cuatro días de acciones de gracias. El pretor P. Elio disolvió el Senado, reunió la Asamblea del pueblo y subió á los Rostros con Lelio. Cuando se supo que los ejércitos de Cartago habían sido derrotados; que un rey de ilustre fama había sido vencido y

hecho prisionero; que se había recorrido como en triunfo toda la Numidia, la multitud no pudo contener la alegría interior que la animaba, prorrumpiendo en gritos y demás demostraciones del regocijo popular. Así fué que el pretor dispuso en el acto «que los guardianes de los templos los abriesen todos en toda la ciudad para que durante todo el día pudiese visitarlos el pueblo, honrar á los dioses y rendirles acciones de gracias.» Al día siguiente presentó al Senado los legados de Masinissa, quienes comenzaron felicitando al Senado por los triunfos de Scipión en África. En seguida manifestaron su gratitud por haber dado el general á Masinissa el título y autoridad de rey, restableciéndole en el trono de sus padres. «La ruina de Syfax permitiría á su señor, salvo el beneplácito del Senado, reinar sin temor ni litigios.» También dieron gracias á los senadores por los elogios públicos y magníficas recompensas decretadas por Scipión á Masinissa. «Este príncipe había puesto especial cuidado y seguiría poniéndolo en merecerlas; pedia que un decreto del Senado le confirmase el título de rey y las demás recompensas de Scipión; y se atrevía además, en el caso de que su súplica no fuese indiscreta, á solicitar la libertad de los numidas prisioneros en Roma, porque este favor le serviría de mucho en el ánimo de sus conciudadanos.» Contestaron á los legados que «el rey debía tener parte en las felicitaciones que merecían los triunfos en África; que Scipión no se había excedido en sus facultades al concederle el título de rey; que todo cuanto había hecho en honor de Masinissa merecía la aprobación y el consentimiento del Senado.» En seguida dispusieron los presentes que habían de llevar los legados para el rey, que eran dos sayas de púrpura con broches de

oro, túnicas lactiavias, dos caballos enjaezados, dos armaduras de caballero con corazas, tiendas y el equipo militar que se acostumbraba á dar á los cónsules, encargándose al pretor que los remitiese al rey. Dióse á los legados cerca de cinco mil ases por cabeza y mil á las gentes de su comitiva, y además dos trajes completos por legado y uno á cada uno de los de su séquito y los numidas puestos en libertad para enviarlos al rey. El mismo decreto concedía á los legados puestos de honor en los espectáculos y todos los privilegios de generosa hospitalidad.

En el mismo verano en que se dieron estos decretos en Roma y se consiguieron estas victorias en Africa, el pretor Quintilio Varo y el procónsul M. Cornelio libraron batalla á Magón, en el territorio de los Galos insubrios. Las legiones del pretor formaban la primera línea; Cornelio dejó las suyas en reserva y avanzó á caballo hasta las primeras filas. Al frente de las dos alas, el pretor y el procónsul exhortaron á sus soldados para que atacasen vigorosamente á los cartagineses. Como los enemigos no cedían, Quintilio dijo á Cornelio: «El combate languidece, como ves; los enemigos, que temblaban al principio, se han enardecido con inesperada resistencia, y temo que su confianza se trueque en audacia. Es necesario que nuestra caballería caiga sobre ellos como una tempestad, si queremos llevar la turbación y el desorden á sus filas. Sostén, pues, el combate al frente de las primeras filas, y yo llevaré la caballería al terreno, ó bien yo me quedaré aquí combatiendo en la primera fila y tú harás avanzar contra el enemigo la caballería de las cuatro legiones.» El pretor aceptó el puesto que le dejase el procónsul, y Quintilio, con su hijo, llamado Marco, joven valeroso,

se dirigió á los jinetes, les mandó montar á caballo y los lanzó de pronto contra el enemigo. Al desorden que produjo aquel ataque se unió el formidable grito de las legiones: el ejército enemigo no hubiese podido resistir, si al primer movimiento de la caballería, Magón, que tenía preparados los elefantes, no les hubiese mandado avanzar. Sus agudos gritos, su olor y aspecto espantaron los caballos y frustraron aquel ataque de la caballería; y si en la pelea los jinetes romanos tenían la ventaja, cuando combatían de cerca y podían usar la lanza y la espada, en aquel momento, arrastrados bastante lejos por sus caballos asustados, se encontraban, por el alejamiento, más expuestos á los venablos de los numidas. Sin embargo, la infantería de la segunda legión, destruída casi por completo, conservaba sus puestos, más por el honor, que por confianza en sus fuerzas; pero no hubiese resistido mucho si la tercera legión no hubiese avanzado de la reserva al frente de batalla, restableciendo el combate que se hacía dudoso. A esta legión descansada opuso Magón los galos de su reserva. Sin gran trabajo los rechazaron los hastatos de la legión undécima, que en seguida se formaron en columnas cerradas y atacaron á los elefantes que introducían ya el desorden en las filas de la infantería. Como estos animales se estrechaban unos contra otros, casi todos los venablos lanzados por los romanos les alcanzaron, obligándoles á replegarse sobre el ejército cartaginés, cayendo cuatro de ellos cubiertos de heridas. Entonces se quebrantó la primera fila enemiga, y muy pronto se desbandó toda la infantería, cuando vió que los elefantes volvían grupas, aumentando con esto el terror y el desorden. Mientras permaneció Magón al frente de sus soldados, retrocedieron

paso á paso conservando sus filas; pero cuando vieron que su general, herido en un muslo, caía al suelo y le llevaban casi moribundo fuera del campo de batalla, emprendieron en seguida la fuga. Aquel día perdieron los enemigos cerca de cinco mil hombres y se les cogieron veintidós enseñas. También fué cruenta la victoria para los romanos: el ejército del pretor perdió dos mil trescientos hombres, siendo la segunda legión la que más sufrió, teniendo que lamentar también dos tribunos militares, M. Cosconio y M. Menio; la tercera legión, que entró al terminar el combate, perdió al tribuno militar Cn. Helvio, en el momento en que procuraba restablecer el combate: los elefantes aplastaron veintidós caballeros de los más ilustres que perecieron con algunos centuriones: el combate se hubiese prolongado más, de no decidir la victoria la herida del general.

A la noche siguiente partió en silencio Magón, prolongando la marcha cuanto le permitía la herida soportar la fatiga, llegando al mar en el territorio de los ligurios ingaunos. Allí recibió una legación de Cartago, que había abordado pocos días antes al golfo gálico, y que le traía la orden de pasar inmediatamente al África. «Su hermano Annibal, le dijeron, debía hacer otro tanto, habiendo marchado legados también para comunicarle la orden. La situación de los asuntos de Cartago no les permitía ya la ocupación de la Galia y de la Italia.» Alarmado Magón con las órdenes del Senado y el peligro de su patria, temía, por otra parte, la persecución encarnizada del enemigo si se detenía, y que los ligurios, en cuanto supiesen que los cartagineses abandonaban la Italia, se sometiesen á los que muy en breve habían de ser sus amos, y esperaba también que el movimiento de la travesía fuese menos doloroso para

su herida que el de un viaje por tierra, teniendo más comodidades de toda clase para su curación. Embarcó, pues, sus tropas y partió; pero apenas había pasado de la Cerdeña, murió por consecuencia de la herida; algunas naves cartaginesas, dispersas en alta mar, cayeron en poder de la flota romana que vigilaba las costas de Cerdeña. Estos fueron los acontecimientos que se realizaron por tierra y mar en la parte de Italia situada al pie de los Alpes. El cónsul C. Servilio no se distinguió por ninguna hazaña en su provincia de la Etruria ni en la Galia, hasta donde llegó; pero se hizo entregar, después de diez y seis años de esclavitud, á su padre C. Servilio y á C. Lutacio, cogidos por los bo-yos en el pueblo de Taneto. A su entrada en Roma, llevaba á un lado á su padre y al otro á Catulo, trofeo más grato á su familia que al país. Propúsose al pueblo que no acriminase á C. Servilio, hijo de un ciudadano que había desempeñado magistraturas curules, haber aceptado en vida de su padre, á quien creía muerto, funciones de tribuno del pueblo y de edil plebeyo, cosa contraria á la ley. Aceptada la proposición, regresó á su provincia. El cónsul Cn. Servilio, que estaba en el Brucio, trató con los de Consencia, Uffugo, Vergas, Basidias, Hetriculo, Syfea, Argentano, Clampecia y otros muchos pueblos oscuros, que, viendo la lentitud con que obraban los cartagineses, pasaran á los romanos. El mismo Cónsul dió batalla á Annibal en el territorio de Crotona; batalla de la que se tienen pocos detalles. Valerio Ancias habla de cinco mil hombres muertos: este número es de tal manera alto, que ha sido impudientemente inventado, ó escapó á la negligencia del historiador. Lo cierto es que Annibal no hizo ya nada en Italia, porque la casualidad quiso que los legados de

Cartago encargados de llamarle al Africa, llegasen á él casi en el mismo día que la embajada dirigida á Magón.

Dícese que Annibal oyó á los legados con estremecimientos de rabia, hondos suspiros y los ojos preñados de lágrimas. «No por medios indirectos, sino terminantemente se me llama, después de haber querido desde tanto tiempo arrancarme de Italia negándome armas y socorros. He aquí Annibal vencido, no por el pueblo romano, al que tantas veces ha destrozado y puesto en fuga, sino por el Senado de Cartago, instrumento de la calumnia y de la envidia. La vergüenza de mi regreso no alegrará y enorgullecerá más á Scipión que á ese Hannón que, para abatir á mi familia, no ha vacilado, á falta de otra venganza, en sacrificar á Cartago.» Annibal había previsto desde mucho antes aquel llamamiento, y tenía dispuestas sus naves; dejando, pues, todas sus tropas inútiles en el Brucio para guardar el corto número de plazas de aquella provincia que le quedaban fieles más por temor que por adhesión, embarcó para África lo mejor de su ejército. Muchos de los suyos, italianos de nacimiento, se negaron á seguirle y se refugiaron en el templo de Juno Laciniana, que hasta entonces había sido inviolable; pero los hizo implacablemente degollar en el mismo santuario. Dícese que ningún desterrado obligado á abandonar su patria se alejó jamás con más dolor que experimentaba Annibal al abandonar el suelo enemigo. Frecuentemente se volvió hacia las costas de Italia, acusando á los dioses y á los hombres y dirigiéndose imprecaciones por no haber llevado directamente á Roma sus soldados, cubiertos aún con la sangre de los romanos muertos en Cannas. Scipión se había atrevido á marchar so-

bre Cartago, aunque durante su consulado ni siquiera había visto los cartagineses en Italia. Y él, que había exterminado cien mil romanos en Trasimeno y Cannas, había perdido todo su vigor en Casinio, Cumas y Nola. En medio de estas quejas y lamentos, fué arrancado de Italia después de tan larga posesión.

Roma supo al mismo tiempo la marcha de Magón y la de Annibal. Esto era doble motivo de regocijo; pero se felicitaron menos al pensar que los generales habían mostrado para retenerlos, según las instrucciones del Senado, poco valor, ó no habían tenido bastantes fuerzas. Además, inquietaba el resultado de una guerra que iba á caer con todo su peso sobre un solo general y un solo ejército. En la misma época llegaron legados de Sagunto trayendo cartagineses que habían cogido con cantidades de dinero y que habían pasado á España para tomar á sueldo auxiliares. En el vestibulo de la curia depositaron doscientas cincuenta libras de oro y ochocientas de plata. Recibieron sus cautivos y los llevaron á las prisiones; se devolvió el oro y la plata, y en seguida se dieron gracias á los dioses; se les hicieron regalos y se les dieron naves para regresar á España. Los senadores antiguos recordaron en seguida «que se mostraba más indiferencia con el bien que con el mal. ¿Qué terror, qué espanto produjo el paso de Annibal á Italia? No lo habían olvidado. Después, ¡cuántos desastres, cuántas calamidades habían sufrido! Habíase visto el campamento enemigo desde las murallas de la ciudad. ¡Cuántos votos se hicieron entonces por cada uno en particular y por el pueblo en general! ¡Cuántas veces, en las asambleas, se había oído á los ciudadanos exclamar alzando las manos al cielo: ¿Llegará al fin el día en que se vea la Italia, libre de sus enemigos, flore-

cer en el seno de dichosa paz? Los dioses lo habían concedido después de diez y seis años, y nadie proponía rendirles acciones de gracias: ¡tan cierto era que, lejos de agradecer los beneficios pasados, se recibía hasta con indiferencia el favor presente! Entonces se exclamó en todos los ángulos del Senado que el pretor P. Elio hiciese una proposición sobre el asunto. Decretáronse cinco días de rogativas en todos los altares y un sacrificio de ciento veinte víctimas mayores. Ya se había despedido á Lelio y á los legados de Masinisa, cuando se supo que los legados de Cartago, que venían á tratar de la paz con el Senado, habíanse presentado en Puteolos, y que el resto del camino lo harían por tierra. Decidióse que se llamase de nuevo á Lelio para que asistiese á la discusión. L. Fulvio Gilo, legado de Scipión, llevó los cartagineses á Roma; prohibióseles entrar en la ciudad, y se les dispuso alojamiento en una villa pública; el Senado les recibió en el templo de Be-lona.

Su lenguaje fué casi el mismo que emplearon delante de Scipión, arrojando, en nombre de su país, toda la responsabilidad de la guerra sobre Anníbal. «Él fué quien, sin orden del Senado, pasó los Alpes y hasta el Ebro; quien por su autoridad privada declaró la guerra á los romanos, y antes á los saguntinos. A decir verdad, el Senado y el pueblo cartaginés no habían infringido aún su tratado de alianza con Roma. La embajada no tenía otra misión que la de pedir el mantenimiento de la paz ajustada últimamente con el cónsul Lutacio.» Habiendo autorizado el cónsul á los senadores, en conformidad con la costumbre, á dirigir á los legados las preguntas que creyesen oportunas, los más ancianos de la asamblea, que presenciaron las nego-

ciaciones, les interrogaron sobre diferentes puntos. Pero los legados, jóvenes aún casi todos, les contestaron que su edad no les permitía recordar. Entonces se levantó un clamor de todos los lados de la curia: «era un rasgo de fe púnica haber elegido para reclamar una paz antigua hombres que no recordaban las condiciones.» En seguida mandaron retirarse á los legados y se procedió á la votación. C. Livio opinaba que se llamase al cónsul C. Servilio, que era el más próximo á Roma, para que asistiese á la deliberación. «No podía tratarse, decía, asunto más importante que el que se estaba debatiendo y creía que no podían ocuparse de él en ausencia de un cónsul ó de los dos á la vez, sin comprometer la dignidad del pueblo romano.» Metelo, que había sido cónsul y dictador tres años antes, recordaba que «P. Scipión, con la derrota de los ejércitos y la devastación del territorio, había reducido á los cartagineses á pedir suplicando la paz, y que nadie podía apreciar con más exactitud la intención que envolvía la demanda que el que hacía la guerra en las puertas de Cartago; quería, pues, que fuese Scipión y no otro quien decidiese si debía ó no otorgarse la paz.» M. Valerio Levino, que había sido cónsul dos veces, «en aquellos hombres veía espías y no legados; debía intimárseles la orden de salir de Italia, hacerles escoltar hasta sus naves y escribir á Scipión que continuase la guerra sin descanso.» Lelio y Fulvio añadieron «que Scipión hacía descansar todas las esperanzas de paz en el supuesto de que no serían llamados de Italia Anníbal y Magón; que los cartagineses pondrían en juego todas las maniobras posibles mientras estuviesen esperando á aquellos generales y sus ejércitos; que en seguida, sin cuidarse de los tratados, ni de los más



recientes, ni de los dioses que los garantizan, harían la guerra. Esta fué una razón más para adoptar la opinión de Levino, y se despidió á los legados sin concederles la paz y casi sin contestarles.

Por el mismo tiempo, persuadido el cónsul Cn. Servilio de que le pertenecía la gloria de haber pacificado la Italia, se puso en persecución de Annibal, como si él le hubiese expulsado, y pasó á Sicilia para trasladarse desde allí al África. Cuando llegó á Roma la noticia, los senadores acordaron primeramente que el pretor escribiese al cónsul mandándole de parte del Senado que regresase á Italia; pero habiendo hecho notar el pretor que el cónsul no obedecería su orden, creóse expresamente dictador á P. Sulpicio, quien, en virtud de su poder superior, llamó al cónsul á Italia. El resto del año lo pasó con M. Servilio, su jefe de los caballeros, visitando las ciudades de Italia que la guerra había separado de Roma y determinando la suerte de cada una de ellas. Durante la tregua partieron de Cerdeña, bajo las órdenes del pretor Lentulo, cien naves con provisiones, escoltadas por veinte rostratas, que abordaron al África sin haber encontrado enemigos ni sufrido tempestades. Cn. Octavio, que con doscientas naves de carga y treinta de combate hizo rumbo desde Sicilia, no tuvo la misma suerte. Su travesía fué feliz hasta que estuvo casi á la vista de África: allí cesó de pronto el viento; en seguida cambió, y, soplando de tierra, trastornó y dispersó la flota. El jefe, con sus naves de combate, luchó á fuerza de remos contra la violencia de las olas, y abordó al promontorio de Apolo (1). Las

(1) Este cabo, llamado hoy Zebibi ó Zibeed, forma con el *promontorium hermæum* el golfo en cuyo fondo está Cartago.

naves de transporte fueron lanzadas, unas sobre la isla Egimura, que cierra por el lado del mar el golfo de Cartago, á unas treinta millas de la ciudad; otras enfrente de la misma plaza, á la altura de Aguas Cálidas. Todo esto se veía desde Cartago, por lo que desde todas partes acudieron corriendo al foro. Los magistrados convocaron al Senado, y oíase en el vestíbulo de la curia al pueblo que pedía con tono amenazador que no se dejase escapar aquella presa tan hermosa que tenían á la vista y casi en las manos. En vano objetaban unos la paz que se solicitaba, y otros la tregua, cuyo plazo no había espirado. El Senado y el pueblo, confundidos, por decirlo así, decidieron que Asdrúbal pasase á la isla Egimura con una flota de cincuenta naves, y que desde allí recorriese las costas y los puertos, recogiendo las naves romanas dispersas por la tempestad. Abandonadas por sus tripulaciones, que habían huido, las naves de transporte fueron remolcadas, primeramente de Egimura, y después de las Aguas, á Cartago.

Los legados no habían regresado aún de Roma, y se ignoraba la decisión del Senado en la cuestión de guerra ó de paz; por otra parte, la tregua no había espirado, por cuya razón se indignó más P. Scipión contra aquellos pérfidos que, habiendo pedido la paz y una tregua, destruían por sí mismos sus esperanzas, violando su palabra; inmediatamente envió como legados á Cartago á L. Bebio, L. Sergio y L. Favio. Como la multitud amotinada casi les insultó, creyeron que no estarían seguros al regreso, y pidieron á los magistrados, cuya intervención les había salvado de toda violencia, que enviasen naves para escoltarles. Diéronles dos triremes que, al llegar á la desembocadura del río Ba-

grada (1), desde donde se veía el campamento romano, regresaron á Cartago. La flota cartaginesa estaba anclada delante de Utica; destacáronse tres cuadrirremes, bien porque algún mensajero de Cartago les hubiese llevado secretamente la orden, bien porque Asdrúbal, que mandaba la flota, obrase por impulso propio, y en el momento en que la quinquerreme romana doblaba el cabo, la atacaron de improviso; pero los cartagineses no pudieron alcanzar con sus espolones la quinquerreme, que huía rápidamente, ni saltar al abordaje, porque sus naves eran más bajas. Los romanos se defendieron vigorosamente mientras tuvieron venablos á bordo; pero agotado este recurso, solamente podía protegerles la proximidad de tierra y la muchedumbre que había acudido del campamento. Haciendo fuerza de remos embarrancaron en la playa; la nave se perdió; pero ellos salieron sanos y salvos. Estos dos atentados, que tuvieron lugar uno tras otro, habían roto evidentemente la tregua, cuando Lelio y Fulvio llegaron de Roma con los legados cartagineses. Scipión les dijo que «á pesar de la perfidia de los cartagineses, que habían violado la santidad de la tregua y el derecho de gentes en la persona de sus legados, no les haría experimentar ningún tratamiento contrario á las costumbres del pueblo romano y á su propio carácter.» En seguida despidió á los legados y se preparó para la guerra. Entretanto se acercaba Annibal á la costa, y mandó á un marinero que trepase á lo alto del palo para que viese en qué paraje se encontraban; pero observando que las proas enfilaban unas tumbas arrui-

(1) Este río, llamado actualmente Majiarda, desembocaba en el mar entre Cartago y Utica, después de atravesar la Zengitana.

nadas, tuvo miedo al presagio, mandó al piloto que pasase adelante y abordó á Leptis, donde desembarcó sus tropas.

Estas cosas ocurrieron en África en este año. Las operaciones siguientes tuvieron lugar bajo el consulado de M. Servilio Gemino, que entonces era jefe de los caballeros, y Tib. Claudio Nerón. Al terminar el año, llegó una embajada de las ciudades de Grecia aliadas á los romanos, quejándose de las devastaciones realizadas por las tropas de Filipo y de la negativa de este rey á recibir á los legados que llevaban encargo de pedir reparación (*ad res repetendas*) (1); también dijeron que cuatro mil hombres, al mando de Sopater, según se aseguraba, habían pasado al África para socorrer á Cartago, y que al mismo tiempo habían enviado cantidades considerables de dinero. El Senado decidió enviar al Rey una legación para decirle que se consideraban aquellos hechos como contrarios á los tratados. Para esta misión se eligió á C. Terencio Varo, C. Mansilio y M. Aurelio, á quienes dieron tres quinquerremes. Este año se distinguió por un vasto incendio que devoró hasta los cimientos todos los edificios de la colina Publicia; también se desbordó el río; sin embargo, los granos se mantuvieron á bajo precio, porque, además de que la paz había abierto todos los puertos de Italia, había llegado de España considerable cantidad de trigo, y los ediles curules M. Valerio Falto y M. Fabio Buteo lo distribuyeron por barrios al pueblo á cuatro ases el modio. En el mismo año murió Q. Fabio Máximo (2), que era

(1) Fórmula consagrada para las reclamaciones de los embajadores.

(2) Tenía cerca de cien años. El pueblo romano pagó los gastos de los funerales, imponiendo una dracma por cabeza.